

JUAN TORRENDELL

SEMBLANZA LITERARIA

I

Confieso ingenuamente que al principio me fué sumamente antipático, á pesar de no conocerlo ni de vista ni de nombre siquiera. La primera noticia que tuve de él, fué un artículo suyo, que cayó en mis manos el mismo día de publicado y que me fastidió lindamente. Recuerdo que trataba de crítica teatral, por la que siempre he tenido debilidad, y que lo devoré con avidez, sin mastigarlo casi, pues se refería á una obra estrenada la noche anterior en Solís, sobre la cual había yo también escrito mis cuartillas, pobres como mías, pero que salieron á luz como si tal cosa, orondas é impávidas como las mejores. Coincidimos en la manera de apreciar la comedia y hasta condenamos las mismas escenas, el poco tacto artístico demostrado por el autor, y creo, si no me engaña la memoria,

que tuvimos ambos una censura para el lenguaje empleado en el diálogo, poco digno de quien meses antes se había hecho aplaudir en una producción cuyo principal é indiscutible mérito correspondía á la parte literaria. Esta igualdad de pareceres no disminuyó la antipatía que despertó en mí el tal artículo. Provenía mi aversión del estilo presuntuoso y autoritario que se usaba en él, de la frase seca y descarnada que saltaba en cada párrafo, como si así se quisiera impresionar al lector, y, finalmente, de las opiniones absolutas que, sin paráfrasis ni circunloquios, se exponían allí, sostenidas con una lógica poderosa y casi, casi, irrefutable, pero también manifestadas con un derroche de franqueza y una claridad en el decir que, sin herir personalmente, causaban pésimo efecto y sacudían involuntariamente la epidermis menos delicada.

Sentí deseos de conocer al crítico que á tanto se atrevía, y dos días después satisfací mi curiosidad. Estaba yo en Solís, fijos los ojos en la localidad que aquél debía ocupar, según me habían informado, cuando entró en la sala un joven delgaducho, de rostro pálido y cuerpo enjuto, que avanzaba lentamente, mirando á todas direcciones con indiferencia y desprecio, mientras que con la mano derecha, una mano muy fina y muy nerviosa, se retorcía los bigotes, y con la izquierda se quitaba el sombrero y lo sostenía á la altura del pecho. Era el que esperaba: era el feroz crítico. Ocupó su asiento, sin echar más que una rápida mirada á sus vecinos, y concentró todo su interés en la escena. Pude observarlo entonces con atención. Su físico armonizaba perfectamente con su estilo. Sólo un joven como aquél, nervioso, de figura puntiaguda y de rostro afilado como hoja de

espada, era capaz de escribir tan audazmente como lo hacía, descargando anatemas literarios contra quien tenía adquirida reputación envidiable en nuestro reducido mundo de letras y gozaba, por lo tanto, de esas inmunidades á que da derecho el talento, aunque las otorga mucho más, quizás demasiado, el exagerado elogio de los amigos. Durante todo el espectáculo continué el examen. Pregunté su nombre y me lo dijeron: se llamaba Juan Torrendell á secas, era catalán y hacía algún tiempo que residía en Montevideo. Dos ó tres veces dirigió hacia mí sus ojos negros, míopes, mirándome al desgaire al través de sus lentes, unos lentes pequeños, rodeados de finísima cinta de oro, que hacen aún más duras sus miradas de acero y dan el toque definitivo á su perfil irónico.

Desde aquella noche leí con interés todo lo que Torrendell escribía, é insensiblemente se disipó la prevención que me había inspirado, si bien nunca llegué á transigir con su estilo impetuoso, casi brutal, que aun hoy me produce el efecto de un látigo que chasquea furiosamente y azota sin piedad. El frecuente contacto que por medio de la lectura se estableció entre ambos, yo advirtiéndolo y él quizás ignorándolo, estrechó las distancias que nos separaban, á lo que contribuyó poderosamente una secreta atracción que se inició de pronto y que vino á ser como el prólogo de la sincera amistad que había de existir más tarde entre nosotros. En muchas cosas nos parecíamos y esta semejanza nos aproximaba cada vez más. Pronto fuimos amigos, y amigos de verdad. ¿Quién nos presentó? Esta pregunta nos la hemos hecho muchas veces sin acertar con la respuesta. Recuerdo que una noche, estando ambos en los pasillos del Politeama,

antes de darse comienzo al espectáculo, nos encontramos frente á frente, departiendo como dos antiguos compañeros, sin caer en la cuenta de que habíamos saltado por cima de las fórmulas sociales y cometido el crimen de iniciar relaciones sin necesidad del eterno amigo encargado de la presentación.

Fué larga, muy larga, la entrevista aquella. En tanto que de adentro, del fondo de la escena, partían gruesas voces que se desgranaban por la amplia sala y llegaban á nuestros oídos débilmente, confundidas con los aplausos del público de platea y los taconazos y gritos que allá en lo alto, junto al descolorido cielo-raso, lanzaban los entusiastas amantes del canto robusto, nosotros recordábamos nuestra *amistad antigua*, haciéndonos confidencias que tenían el doble mérito de la sinceridad; unas confidencias interminables, que duraron todo un acto de ópera y que no fueron interrumpidas ni por el alud de concurrentes que después de caída la cortina se desbordó por los corredores, arrastrándonos de un lado á otro en su incesante movimiento de mar agitado, ni por las espesas nubes de humo de tabaco que flotaban pesadamente en la atmósfera, en ondulaciones azuladas, y hacían poco agradable la estancia en aquel paraje. Y cuando, agotado el tema, terminado el capítulo de las expansiones, nos separamos hasta el siguiente día, llevamos en nuestros oídos el rumor vibrante de aquella inmensa sala que palpita al compás de la música italiana, y en nuestros espíritus la grata impresión que produce una amistad nueva y deseada, que nace al calor de esa confianza íntima que aleja todo temor de un desengaño doloroso.

II

En literatura, Torrendell es un realista convencido. De prisa, casi corriendo, se ha iniciado en el movimiento operado en estos últimos años, y él, que allá en sus principios, cuando aun hacía palotes literarios y enviaba tímidamente, por correo, sus primeras producciones á *La Ilustración Ibérica*, en cuyos abultados volúmenes se encuentra su nombre perdido entre infinidad de grabados y oscurecido por firmas que se cotizan á tipos subidos en el mercado de las letras, se abandonaba á vuelos románticos y á sinfonías puramente imaginativas, convirtiéndose de pronto á la moderna escuela, á la que escudriña y copia la vida con exactitud y arte, no como pueda hacerlo una máquina fotográfica de sistema perfeccionado, según algunos creen, sino como un pintor de pincel vigoroso y temperamento profundamente artístico y observador, que á la vez que arranca á la paleta sus más ocultos y delicados colores, refleja en la tela los detalles más menudos, los hilos más tenues que tejen la realidad.

Frecuentando el Seminario de Palma de Mallorca, en cuya ciudad nació el 31 de Agosto de 1866, aprendió allí Torrendell los primeros rudimentos de literatura, sin llegar á conocer, aun en sus últimos años, otro autor de la época actual que Pedro Antonio de Alarcón, el ameno escritor guadijeño, que le encantaba con su estilo suelto, sencillo y animado, genuinamente castizo, y las hermosas descripciones, poetizadas siempre, que se encuentran en sus novelas y en sus libros de viajes, muchas de aquéllas saturadas de perfume romántico, y otras impregnadas de lejitima y pura esencia

realista. A punto de terminar la carrera eclesiástica, á que se había dedicado más por obligación que por devoción, casi en víspera de tonsurarse, abandonó á Palma, embarcándose para Montevideo, donde puede decirse que ha cultivado su espíritu y su inteligencia, iniciándose en la nueva manera literaria y estudiando con especial interés el teatro, que ha llegado á subyugarle por completo.

Hay un hecho en la vida de Torrendell que, aunque insignificante en apariencia, merece citarse aquí, pues señala el fin de sus ideas románticas y el principio de las realistas. Apenas se vió libre de los estudios de teología, quiso satisfacer un anhelo disimulado durante mucho tiempo: conocer á los novelistas franceses, de quienes tanto malo oía decir, y convencerse por sí mismo de la sinceridad y lógica de los ataques que se les dirigían. La casualidad, más que otra cosa, le trajo á las manos *Le petit Chose*, esa hermosa obra tejida con sucesos de la agitada infancia y adolescencia de Dandet, el delicado novelista francés á quien, según Zola, «la benévola naturaleza ha colocado en ese punto exquisito en que acaba la poesía y empieza la realidad.» La lectura de aquel libro le impresionó vivamente y dió un golpe de gracia á sus romanticismos y lirismos, firmemente arraigados. El golpe fué brusco, pero provechoso, hasta el extremo de que hoy puede exclamar, como Flaubert después de escribir su *Madame Bovary*, que aquel día le estirparon de raíz el cáncer lírico.

De ahí en adelante, todo su afán, toda su ambición, ha sido el estudio de la realidad, de esa realidad tan sencilla en apariencia, que está presente á todo el mundo y que, sin embargo, muy raros son los que saben verla y

explicarla. Si ha realizado una parte, ya que no el todo, de sus aspiraciones, lo demuestran bien á las claras sus muchos trabajos de crítica y una de sus obras dramáticas estrenada meses atrás, que han motivado unos y otra, encontrados juicios de los pocos literatos que aquí, en Montevideo, se dedican á discutir y no prefieren despellejar al enemigo de viva voz y por la espalda. En los artículos de crítica se advierte el poco amor que tiene al estilo pulido, y el deseo, que no oculta, de ser claro y conciso siempre, aun cuando á veces se exponga á parecer brutal y presuntuoso. De ahí que se diga por muchos que Torrendell no sabe escribir y que quiere echárselas de *magister* en todas las cuestiones que discute ó juzga; lo que no deja de ser un pobre pretexto, porque aquél es, ante todo, un enemigo declarado de todas las fórmulas retóricas, que cuando critica ó discute presenta sus ideas tal como le afluyen al cerebro, en sucesión lógica, eso sí, pero desnudas de todo ropaje ó engarce vistoso. Es fuera de duda que no atrae ni seduce por su estilo, pero también lo es que se impone por la franqueza y buena fe con que combate. En *La ley y el amor*, drama en cinco actos, estrenado en Abril del corriente año en el teatro Solís, probó, sin embargo, que cuando quiere, sabe rimar en prosa y que la misma pluma que escribe con arrebató y energía, borda páginas brillantes, en que forman espléndido conjunto las líneas vigorosas con los tonos suaves.

Y ya que he citado ese drama, primer trabajo de aliento de Torrendell que se conoce, bueno es que diga dos palabras á su respecto, que encajan sin dificultad en esta semblanza. Su estreno fué un éxito, por más que algunos dijeron lo contrario. Torrendell concibió el argumento de la obra y titu-

beó en aprovecharlo. Sus ideas católicas entraron en lucha con sus ideas literarias y, después de rudo combate, que duró algún tiempo, la victoria correspondió á las últimas. El drama fué escrito con valentía y representado ante un público escaso, que, si bien prodigó espontáneamente su aplauso al autor, no dejó de sorprenderse de la audacia de aquel joven que no sólo se atrevía á llevar á la escena un hecho real, verdadero, sino que, sublevándose contra las añejas reglas escénicas, rompía con todos los convencionalismos para ceñirse puramente á la verdad y á la lógica, expuestas artísticamente. Al siguiente día las críticas llovieron, sinceras algunas, y apasionadas, destilando hiel, otras. Literato hubo que sin haber concurrido al teatro desmenuzó el drama sin piedad, descargando toda una tempestad desenfrenada contra aquel autor á quien no conocía más que de nombre, pero que desde aquel instante era su enemigo, puesto que osaba presentarse ante el público en busca de un aplauso que él no había tenido aún el valor de solicitar. Hubo más: hubo articulista que juzgó el drama por el número de espectadores que asistió á la representación, sin olvidarse, en su profundo criterio artístico, de mencionar á los profesores de orquesta, y otro que escribió agriamente porque sí, para confesar, poco tiempo después del estreno, que la obra no era mala y que su descontento, así como el de los demás censores, se debía á que el autor era ante todo un crítico severo y que como á tal se le había juzgado! Sin desanimarse por esta mala voluntad, pero tampoco interesado en desvanecerla, continuó Torrendell sus tareas literarias, trabajando siempre con fe, con esa fe robusta que constituye la principal base de su carácter y le

fortalece para seguir adelante, sin temores ni vacilaciones. Dos obras más ha escrito para el teatro: *Pasión*, drama en cuatro actos, con argumento de un libro de Belot, y *Curruta*, una preciosa comedia que ha de proporcionarle nombre y provecho y cuyo asunto y personajes pertenecen á la novela del P. Coloma, *Pequeñeces*... En ellas tiene Torrendell el mayor elogio que pudiera hacerse hoy á sus méritos y la mejor recompensa á sus esfuerzos.

III

Conversando en cierta ocasión con Domingo Arena, el feliz cuentista, éste me decía con esa ingenuidad que refleja todo su carácter bondadoso y abierto:

—¿Has observado en los pocos amigos literatos que tiene Torrendell? Mira...—y empezó á contar con los dedos—uno, dos, tres, cuatro....; todos escogidos, aunque escasos, ¿no es verdad?

En efecto, muy pocos amigos son por la cantidad, pero muchos y buenos por su excelente calidad. Estos le aceptan sin reservas ni dobleces y para ellos es para quienes guarda aquél todas las delicadezas que forman su verdadero carácter, delicadezas que sorprenderían á los mismos que le juzgan equivocadamente y que sólo se pueden apreciar en esos coloquios íntimos, sostenidos durante largas horas, en que, según Galdós, el espíritu parece más expresivo que la palabra. En uno de esos coloquios me convencí de que Torrendell engaña por su aspecto exterior y por la nerviosidad de sus escritos, y que detrás de su rostro descarnado y cortante hay un alma sencilla y bondadosa, un alma de niño, inclinada

siempre al bien é incapaz de abrigar ni un mal deseo ni una ambición innoble.

Chasco grande se llevan, por lo tanto, los que creen que á ese buen mallorquín le hacen perder su serenidad los ataques que se le dirijen en el ardor de una polémica ó en el arrebatado que produce el despecho: él los recibe con estoica indiferencia, no llegando nunca ni á alterarle el color del semblante ni á entibiar el entusiasmo que siente por la literatura. Así discute y escribe un día, y otro, y otro, con perfecta calma, sin enorgullecerse si triunfa, sin abatirse si le derrotan en la contienda. El contraste es raro y resulta más raro aun por tratarse de quien batalla siempre con encarnizamiento y parece demostrar en sus producciones una dureza extremada, un temperamento excesivamente vivo y predispuesto más á la intolerancia que á la bondad, más á la ironía amarga é incisiva de Tourgueneff, el novelista eslavo, que á la ironía tierna y melancólica de Henry Heine, el melodioso poeta del Rhin. Y cosa más extraña aún: ese empedernido realista, que no transige con los enemigos de la escuela á que pertenece, que parece estar eternamente apretando los puños en ademán de enojo, es un romántico desesperado á veces, que se pasa horas enteras con los ojos velados, dejando que su espíritu flote en ese espacio imaginario donde no llegan los ruidos de este mundo ni se sienten los punzantes anhelos de la materia. Estas crisis, felizmente para él, son poco frecuentes, y cuando sale de ellas encuentra aún más hermosa, más llena de encantos la *triste realidad de la vida*.

Torrendell es un activo trabajador, que no descansa. Actualmente da lecciones de latín y se ocupa en reunir mate-

riales para varias obras en proyecto. Una idea dulce acaricia incesantemente: la de regresar á su patria y dedicarse á la escabrosa carrera de las letras, que aquí, entre nosotros, no ofrece en recompensa más que amargas decepciones. Su propósito es estudiar el teatro, sorprender sus secretos y llegar, á fuerza de constancia y desvelos, á ser uno de sus cultivadores. A veces, en los momentos de expansión, cuando rodeado de algunos amigos habla de sus esperanzas y de sus intenciones futuras, deja entrever su afición á la novela de costumbres, y un deseo íntimo de afrontarla algún día, por más que le seduzca por entero la escena y sus triunfos inmediatos, y abrigue cierto temor de poner la planta en dominios que sólo conoce ligeramente. Sin embargo, dotes no le faltan para ello, y esto es mucho para quien además tiene una fe ciega en sus propias fuerzas y cree en literatura como los católicos fervientes creen en Dios.

EDUARDO FERREIRA.

Montevideo, 26 de Agosto de 1893.